

para mí tan famoso, los que recibieron una ración de palmétas variable entre una y ocho; pues en honra de ellos y de su cruel maestro, debo decir, que ninguno pasó de este número, cosa verdaderamente admirable tratándose de una envesada lección de género de nombres latinos, en latín, que ocupaba más de página y media del Nebrija. Después de esto, recuerdo, porque las circunstancias de aquel día han quedado indeleblemente impresas en mi memoria, que D. Bernabé tomó por sí la lección á Escipión y á Anibal, quiero decir, á los jefes de las filas de los romanos y cartagineses. Eran dos niños delicados y hermosos que llevaban el sello característico de la aplicación y del talento en sus caras, los cuales dijeron sus lecciones sin un solo tropiezo, fluyendo las palabras de sus bocas como fluye el agua en una fuente, lo que hirió al mismo tiempo mi admiración y mi amor propio. El que tenía á mi derecha, ó sea Anibal, á quien enterramos tres años adelante, víctima en la adolescencia de una fiebre perniciosa, era un americano extremadamente simpático, que me miraba hosca-mente con sus grandes ojos negros, como diciendo:

—¿Quién será este espantajo que ha venido á obscurecer mi gloria?

Yo, en cambio, le miraba á él con humildad y dulzura, como suplicándole su amistad y su consideración, en el breve tiempo que me imaginaba había de tenerle á mis órdenes.

A todo esto me sentía yo rendido y anheloso de que se acabase la clase, para volar á mi casa y desahogarme en llanto de tanta pena como me affigia. Tan largo y pesado se me había hecho el tiempo que en el aula llevaba, que consideraba debían ser ya muy cerca de las doce, cuando con gran sorpresa y abatimiento oí que la campana del reloj de la capilla tocó las diez. ¡Dos horas todavía de potro! me dije. ¿Quién podrá resistir-

las? Tenía sed, pero ¿quién se atrevía allí á pedir agua? Sentía necesidad de orinar, pero ¿quién osaba pedir licencia para salir, al cancebero que había comenzado por cerrar la puerta con llave? Recordando al bueno de D. Bernardo y al complaciente Sr. Abadía se aumentaban mi disgusto, mi temor y la aversión que me causaba todo lo que en aquella clase veía, á excepción del adelanto de los discípulos, que me inspiraba envidia y me determinaba á comprometerme conmigo mismo á imitarlos.

Tomadas las lecciones, D. Bernabé exigió á sus discípulos una composición latina, ó sea una serie de oraciones castellanas vertidas á la lengua de Cicerón y Horacio. Traían ellos su trabajo extendido en una cuartilla de papel, que presentaban al dómine temblando, porque casi ninguno dejó de ser premiado con estirones de orejas ó pellizcos, en recompensa de los tropiezos que había dado en su trabajo. Uno principalmente, abrigado con un gabán muy fuerte que casi le arrastraba, fué objeto de los más crueles tratamientos, á causa de llevar incompleta la versión, quizá copiada á prisa de cualquier compañero momentos antes de entrar en clase, como indicó el dómine. A los pellizcos y tirones de orejas ordinarios, agregó el fiero catedrático una buena ración de *coquetazos*, que le dió en la cabeza con el dedo gordo de la mano derecha cerrada en forma de puño. El chico, que era un filipino, calmoso é indiferente como buen cipayo, recibió los golpes con flemma que irritó al monstruo, que gozaba en la tortura de sus víctimas, y cogiendo una de las varas de acebo la emprendió á lapos con el pobre muchacho, cuyo fuerte y largo gabán desprendió de sí una verdadera nube de polvo, circunstancia que encolerizándole más todavía, hizo que le dirigiese los varazos á las piernas. Empero, el filipino que era un habilísimo defensor de sus pantorrillas, bajándose cada



vez que D. Bernabé le tiraba el golpe, convertía el gabán en miriñaque salvador; espectáculo que con ser tan cómico é incitante á la risa, contemplábamos todos serios y mudos; ¡tal era el miedo que el dómine inspiraba!

Por fin, le dejó; pasóse otra hora en el repaso de las composiciones latinas, donde sabe el cielo cuantos gramaticales gatuperios se contendrían, y vino la de las traducciones. Los chicos á decir verdad eran unos Salomones, en comparación de los que yo había dejado en Zaragoza y de mí mismo, que los veía amedrentado y entontecido traducir de corrido la *Guerra de Iugurta* y buscar un verbo ó un participio perdido en el abismo de un elegantísimo hiperbaton; pero no era de extrañar puesto que alentaban. Al que erraba, traduciendo mal una palabra, ó ignoraba su significado castellano, un tirón de orejas ó un pellizco le advertían de su pereza en registrar el diccionario de Valbuena; mas no por esto D. Bernabé se lo decía, sino que lo preguntaba á cualquiera de los demás, y ¡ay de los que no lo sabían! sobre ellos descargaba la nube de pellizcos y bofetones cuajada siempre en la formidable mano del dómine. Aquel día la palabra *fœdus, fœderis*, costó treinta pellizcos, puesto que ninguno supo lo que significaba. Acudió á mí D. Bernabé, como para hacer un cómputo ó arqueo de mi sabiduría, y como le dije sin titubear que significaba *alianza, contrato*, hizo un gesto de asombro, y exclamó:

—Parece imposible que hayas estudiado por el Araujo y sepas eso.

Con esto dieron las doce y salimos de la clase entumecidos, fatigados, cariacontecidos y hambrientos. Yo, aunque aliviado algo de mis sustos y congojas por el inesperado final de mi iniciación en el Infierno, me hallaba sofocado y calenturiento, con más ganas de llorar y acostarme que de jugar, á lo que me invitaron algunos

camaradas, que sentían gran curiosidad por saber quién yo era, y qué cosas podía contarles de tan lejanas tierras como venía.

La juventud todo lo vence y todo lo dora. Al poco de abandonar el Instituto, ya estaba yo con tres ó cuatro camaradas, más alegres que unas castañuelas, correteando y charloteando por la Rivera, preguntándoles por los libros que debía comprar, la hora de volver á la clase y los nombres de los palos y velas de los barcos arriados al muelle, hallando encantadoras aquellas nuevas amistades y aquellas nuevas y deliciosas perspectivas de la marina.

Al fin volví á casa, y cuando conté lo que había visto y sufrido en la clase, torné á angustiarme, angustiando también á mi madre, que no pudo remediar esta exclamación, al referirle el vapuleo del filipino:

—¡Qué bárbaro de hombre! Debía estar eso prohibido por las leyes.

Apenas comí, con bien poco apetito por cierto, hícame acompañar á comprar los libros de texto del gusto de D. Bernabé, y en seguida me puse á estudiar la lección de la tarde, que logré encontrar en Nebrija. No estaba acostumbrado á tanta aplicación, y este ejercicio de pura memoria me levantó dolor de cabeza, pero conseguí aprenderla sin un punto, obligando á mi buenísima madre á que me la tomara varias veces. Satisfecho de mí mismo, salí para la clase más tranquilo y hasta tuve un rato de alegría al verme agasajado por mis nuevos camaradas, á quienes no disgustaba mi franqueza y buenas aptitudes para los juegos en que se entretenían.

Mas dieron las tres, y la siniestra figura del dómine, envuelto en su capa azul, cubierto con su enorme chistera y apoyándose en el imprescindible bastón de caña, apareció en la portería, sembrando el terror en todos los ánimos, acabando todos los entretenimientos y llevándose



tras sí á la clase como por una atracción magnética. Con él estuvimos hora y media encerrados, ya conjugando verbos estrafalarios, ya traduciendo, ya componiendo oraciones en latín, todo ello alternado de golpes y mojicones, aunque en menos cantidad que por la mañana; pues sin duda la comida apaciguaba la bilis y las almorranas del profesor.

Salimos; é invitado por los camaradas, me fui con ellos de escorribanda por el Alta, deseoso de respirar en libertad y de estrechar las nuevas relaciones. Ocasión propicia se presentó para ello. Una docena de granujillas, que merodeaban por los prados de la Atalaya, comenzaron á apedrearnos, viéndonos inferiores en número, descalabrando lindamente á las primeras peladillas de arroyo que cambiamos, al de los ensortijados cabellos negros que me había por la mañana sido tan simpático. A la vista de la sangre de mi amigo me enardecí, y, anheloso de vengarle dignamente, cerré los ojos, eché á correr furioso contra los enemigos, y, llegando sin contratiempo hasta ellos, me agarré á uno de los más granados, le derribé al suelo y comencé á golpearle. Aquel rasgo de valor alentó á mis compañeros, que avanzaron intrépidamente en mi socorro, y este ataque decisivo sembró el pánico entre los granujas, que se dieron á correr en todas direcciones. No sin su carga, más que mediana, huyó también el que yo tenía bajo mi rodilla, y, cuando orgulloso de mi triunfo, recibía el incienso de las felicitaciones de mis camaradas, principalmente del de los ensortijados cabellos, que valientemente soportaba los dolores de su herida, cádate que hubimos también de huir y desbandarnos, perseguidos por los guindillas, ó sean los guardias del ayuntamiento, que, sable en mano, celando diligentemente por la pública tranquilidad, aparecieron sobre el campo de la pedrea con su acostumbrada oportunidad,

quiero decir, cuando ya no podían impedir los daños, sino aumentarlos con una carrera deserrada que nos hicieron dar. Yo apenas conocía el terreno y estuve á punto de ser acuchillado, pero el de los pelos rizados me salvó, guiándome por sitios cubiertos y alentándome en la corrida con frases como ésta:

—¡Anda, valiente aragonés; por aquí, no tengas cuidado! ¡Salta! ¡Agáchate!

Aquella palabra *aragonés* me sirvió algunos días de calificativo; pues como venía de Zaragoza, y esta primera *fazaña* me acreditó de *bravo*, por aragonés me tuvieron muchos, hasta que, intimando más, supieron mi origen castellano, y mi procedencia de una villa de que hay muchos naturales avecindados en Santander.

Grande era la confusión de mis sentimientos al recogerme en casa aquella tarde. La escurribanda, la pedrea y la huida por entre callejas y sembrados me alentaban y distraían en el goce de las nuevas amistades de una existencia libre, pero la sinistra figura del dómine, con sus varas de acebo, sus disciplinas, su palmeta y sus burlas crueles me atormentaba de una manera indecible, arrancándame á las caricias de mi madre para arrastrarme á mi mesa de estudio, donde la gramática de Nebrija y el diccionario de Valbuena, á modo de dos monstruos infernales, me amenazaban en un lenguaje misterioso é indecifrible.

Y estudié, estudié largas horas, confundiendo-me más y más en mis estudios con la nueva dirección que aquellos libros los daban, sin ver luz en la obscura noche de tan bárbaras desinencias y enrevesadas construcciones, logrando ser aplaudido por mi madre, que, abriendo la puerta del cuarto y viéndome engolfado en la traducción de una endiablada frase, me dijo:

No aprobaré yo que os peguen tan sin piedad, pero no hay duda que conviene en los profesores



un poco de severidad, si han de aplicarse los señores estudiantes. ¡Aquí parece que se hila más delgado que en la Universidad de Zaragoza!

Aquellas palabras terminaron mi primer día de estudiante santanderino bajo la férula del dómine, y me acosté, para estar puntual, como un cronómetro, á las ocho y media en el patio del Instituto.

Ni aquel día, ni el siguiente se metió para nada conmigo D. Bernabé, gran cumplidor de sus palabras, limitándose mis angustias en la clase á la contemplación de los fieros y desusados castigos con que affigia á mis compañeros. Mas, al cumplirse el plazo fatal, ó sea el tercer día, que lo fué uno nublado y lluvioso del mes de Febrero, el dómine, terminados los preparativos ordinarios de quitarse la capa y el sombrero, ponerse el gorro, sacar las varas, la palmeta y las disciplinas, é hinchar el ruedo de goma defensor de sus hemorroides, me llamó á capítulo en su propia mesa, y me dijo:

—Veamos la lección.

Abrí la gramática por la página correspondiente, y, alargándosela abierta, iba á comenzar una relación de supinos irregulares, cuando con grande espanto y vergüenza sentí que, dándome un fuerte manotazo en el libro, y arrojándole con desprecio al suelo, me contestó:

—¿Crees tú, belitre, que yo necesito tus libros para contar las faltas que hagast?

Aquel monstruo, sin duda, se sabía el Nebrija de memoria, por cualquier página que se abriese, y, herido en su amor propio por mi demostración, puso una cara feroz y con un gesto avinagrado, exclamó:

—Empecemos.

Juro en mi ánima que diez minutos antes, en el soporal de la capilla, habria recitado mis supinos sin el más pequeño tropiezo; pero, asustado entonces por la voz, el golpe en el libro y el ges-

to del dómine, comencé la recitación balbuciente, y fui corregido diez veces. Inmediatamente que acabé, D. Bernabé, tomando su palmeta y poniéndose en pie, se vino á mí gruñendo:

—¡La mano!

Y, por primera vez de mi vida sentí caer sobre mis palmas cuatro veces la dura y agujereada madera, que me las dejó amoratadas y doloridas, y haciendo gestos y contorsiones con todo el cuerpo.

—¡Pues no eres poco sensible!—decía el dómine, con una risa sarcástica que inspiraba aversión é ira.—¡Sin duda el señorito, por no saber, no sabe lo que es un tirón de orejas sobre el puño de plata del bastón. ¡A tu sitio!

Marché, en efecto, después de recoger mi libro del suelo, á la cabeza del bando cartaginés, y comencé la dación mutua de las lecciones entre mis compañeros, que fueron lindamente palmeteados. Luego vino la traducción, y allí fué mi derrota completa, y el escarnio de mis mal aprovechados estudios zaragozanos.

El fementido cartaginés, á quien por tres días habia yo arrebatado el mando del ejército púnico, á la primera dificultad que se ofreció al traductor de tanda, que era un romano medio tartamudo, á quien le titilaba con desesperante y cómica frecuencia el parpado superior del ojo izquierdo, se atrevió conmigo, pronunciando esta frase sacramental.

—¡El de arriba!

Que venia á ser un cartel de desafio gramatical dirigido al compañero que se tenia á la izquierda, el cual debía dar la traducción de la palabra cuestionada, y determinar cuantos accidentes gramaticales sobre ella se le exigiesen.

Yo determiné el significado propio de la palabra, pero en los accidentes mostré tan deplorable ignorancia, que en dos minutos descendí seis lugares; pues ¡oh vergüenza!; trás del capitán,



se atrevieron conmigo el teniente, el alférez, el sargento y algunos soldados cartagineses, y gracias á que el asunto se agotó por entonces, que, de lo contrario, voy á la cola de la fila sin remisión. Quedéme el sexto, todo mohino y cariacontecido, como gallo en corral ajeno, ó como rey de casualidad privado en un santiamén del cetro y la corona. A la semana, en la dolorosa compañía de palmotazos, mojicones, cosques y varazos, descendí al abismo, quiero decir, junto á un mozacón patiestevado, bronco de la voz, bizco de ambos ojos, ancho de espaldas y con unas manos y unos pies como celemines, molestísimo y peligrosísimo vecino, que desprendía de sí un olorillo agrio y nauseabundo, y además pifaba como un corcel de guerra siempre que era objeto de alguna pregunta del domine, con lo cual el que estaba á su lado salía pisoteado irremisiblemente. Llamábanle Vicentón, y fué luego un famoso presbítero andariego, quiero decir que recorrió muchas parroquias rurales, de las cuales hubo de salir precipitadamente á causa de su desordenado amor á las mujeres, única semejanza que tenía con Salomón. Por entonces era sencillamente un lugareño que mascullaba el latín para devastarse en la carrera teológica, y objeto predilecto de los golpes y porrazos de D. Bernabé, cuyo furor exaltaba hasta el delirio, á causa de su inagotable resignación con los castigos, que sufría con la indiferencia de un mártir ó de un buey.

Junto á este poste sufrí durante quince días los menosprecios justísimos de D. Bernabé y las brutales caricias de sus instrumentos de tortura; y eso que el bárbaro, siempre que me castigaba, decía con énfasis que lo hacía suavemente, porque no tenía yo toda la culpa de mi ignorancia, sino los catedráticos *á la moderna*, que me habían antes que él enseñado; gente que, de haber caído bajo su férula, creo yo que hubiera cobrado

en palos y bofetones su deuda con la tradición sangrienta de las aulas.

Al cabo de este tiempo, el barullo que en mi imaginación habían causado el cambio de textos y de maestro, se fué poco á poco disipando; comencé á decir sin puntos mis lecciones, y, gracias á la aplicación que el miedo había en mí despertado, pude avanzar algunos puestos, colocándome, después de varias oscilaciones, al promedio de mi fila; á lo que no sé que contribuyó más, si el amor propio complicado con el temor al castigo, ó la repulsión que me inspiraba el olorillo de Vicentón y el horror á sus pisotones. Y quizá hubiera yo llegado á ser, al fin un buen estudiante de latinidad á la antigua usanza de las aulas de los domines, especie de ángeles malos, destinados á vengar en la infancia el merecido castigo de su destierro eterno; porque en aquella dichosa edad de los trece años, yo, al igual que todos los niños me hallaba dotado de una facilidad pasmosa de adaptación al medio, é íbame poco á poco acostumbrado al rudo trato del adusto profesor, y al estudio en los nuevos textos, sin duda más completos que los que hasta entonces me guiaron por los laberínticos senderos del hiperbaton y las construcciones lógicas de los períodos latinos.

Pero á fines de Marzo, cuando la naturaleza, despertando del pesado sueño del invierno, abre los campos, templá las brisas, despeja los horizontes y cuaja de flores los árboles, las hemorroides de D. Bernabé debieron sufrir crueles exacerbamientos, puesto que aquel hombre, fiero y adusto de suyo, como he manifestado, se transformó en un demonio, convirtiendo su clase en un verdadero seno del infierno. Una mañana, que entró en el aula con paso más incierto y vacilante que de ordinario, por este ó por el otro pretexto nos vapuleó á todos ferozmente, sin excluir las sagradas personalidades de Escipión y



Aníbal, que como cualquiera Vicentón de las cosas sufrieron ignominiosos disciplinazos y palmetazos. Un detalle de aquel día terrible ha quedado tan vivamente grabado en mi memoria, que los treinta años que sobre él han pasado, no han podido empalidecer sus rasgos más salientes, y voy á referirle, para que sepan los adolescentes de la nueva generación lo que deben al progreso, que ha hecho desaparecer del mundo de la enseñanza á los dómínes, de que fué última y monstruosa encarnación el D. Bernabé sanderino.

Formaban en la fila de los romanos dos hermanos gemelos, hijos de distinguida familia, que se amaban tiernamente y se parecían tanto en lo físico cuanto se diferenciaban en lo moral; pues mientras el uno era un alma de artista, dulce, comunicativa, alegre, vivaracha y radiosa, el otro se distinguía, sobre el mismo fondo de bondad y talento, por su carácter reservado, serio, firme y tesonudo. Sacó á traducir D. Bernabé al primero, y por esta equivocación ó por la otra le hartó de golpes. Vino acaso en la traducción una palabra, que el traductor vertió en otra castellana que provocó las risas, y aquello fué ocasión de una feroz paliza que le dió, haciéndole luego arrodillar sobre unas chinás. Lloraba el infeliz muchacho á lágrima viva, mientras entre sollozos seguía traduciendo, cuando la adición de un puntapié en el libro, que se le estampó en la cara, fué la gota de agua que llenó la medida del sufrimiento de su hermano, que al ver tan cruelmente tratado al que con él había compartido las entrañas de una madre dignísima, hizo un vivo movimiento de protesta y de defensa al mismo tiempo de su hermano.

¡Qué más quiso el monstruo, que ver aquella pequeña señal de indisciplina y rebelión para excederse en sus ferezas! Dejando al que traducía, se fué derecho, vara en mano, al insurrecto, y,

cogiéndole del cuello, como si quisiera ahogarle, le zurró hasta que más no pudo, gritando como un energúmeno:

—¡Miserable! ¡Amenazas á mí! ¡Canalla! ¡Te atreverías con tu catedrático?

Aquel monstruo, que deshonraba la enseñanza con palabrotas que, aparte las transcritas, suprimo para no caer en la incultura de su lenguaje; que hubiera tal vez, á la usanza del antiguo régimen, sufrido en paciencia las más horribles y vergonzosas vejaciones de sus superiores; no pudiendo soportar la instintiva protesta de un niño, que ve martirizar á su hermano gemelo, habría quizá reducido á polvo al insurrecto si el deseo de gallear su triunfo, no le hubiese movido á plantarse, al fin, en la actitud de un gladiador en medio de la clase, para gritarnos á todos con voz estentórea:

—¿Quién se atreverá á levantar los ojos en mi presencia? Ahora está á tiempo de sublevarse el que quiera.

Lo diré en honra de la prudencia de mis compañeros y de la mía propia; nadie osó hacer el más leve movimiento insurreccional, y el energúmeno, tranquilizándose por un momento, se sentó triunfante en su sillón. Aquel repugnante abuso de la autoridad y de la fuerza, produjo en mi ánimo una cólera sorda tan grande y tan persistente, que todavía hoy, cuando observo en alguien, cualquiera que él sea, algo que semeja la infatuación del poder que se impone, no puedo remediar el decirme por lo bajo, indignado:

—¡He ahí otro D. Bernabé!

No había pasado media hora, cuando el calorillo del ruedo de goma en que descansaba arrojé de sí al dómíne, que, levantándose de nuevo, la emprendió conmigo, poniéndome en solfa de golpes una oración latina en las espaldas; mas no contentándose con esto, no sólo á mí, sino á los dos hermanos gemelos y á otro joven-



zuelo hermosísimo, que parecía una niña vestida de hombrecito, nos dejó castigados sin comer, ó lo que es lo mismo, encerrados en la clase las tres horas que los demás tendrían de asueto.

Dadas las doce, D. Bernabé y los compañeros se fueron, quedándonos los cuatro del castigo sentados en nuestros bancos, hechos un mar de lágrimas, acosados por la sed y el hambre, afligidos por el disgusto que pensábamos habían de experimentar nuestras familias con la ausencia. Yo, que por primera vez sufría aquella detención, sin poder avisar á mi casa, estaba inconsolable con la pena que preveía habían de sentir mis padres al notar mi falta: los otros tres, que en seguida intimaron conmigo, me animaron á ser valiente y consoláronme como mejor pudieron, y acostumbrados al caso, sólo se curaban de procurarse vituallas y discurrir los medios de comunicarnos con el exterior.

Puesto á discusión este punto, yo, naturalmente, opiné por abrir una de las ventanas, saltar al patio y comprar en la tienda más cercana pan, queso y vino. Mofáronse los otros de mi plan, que acusaba mi inexperiencia. D. Bernabé sabría en seguida por el portero, ó cualquiera de los espías el desaguisado, y nos molería á palos. Desechóse, en consecuencia, el ataque directo de abrir la ventana, y se acudió á medios indirectos. Jugaba por el patio un chicuelo, hijo de un dependiente de la casa, con quien, tras de muchos habilidosos manejos, nos pusimos al habla por el agujero de la llave. Después de mucho suplicar y de mucho ofrecerle, logramos persuadirle á que nos sirviera en el duro trance en que nos hallábamos, y reuniendo nuestros recursos pecuniarios, logramos juntar dos pesetas, que le echamos por la rendija de la puerta, empujándolas con un cortaplumas. Prometió volver en dos minutos y entregarnos las vituallas en un papel, por una de las ventanas, que quedamos

en abrir no más que lo indispensablemente necesario, y en esta confianza nos pusimos á jugar alegremente al paso. En aquella hora se ahondaron las raíces de la amistad que nos unía, sublime sentimiento del alma humana que sobrevive en los corazones al sujeto mismo que le despierta, y es la luz más clara y tranquila que ilumina nuestra existencia.

El juego duró una hora, como he dicho, sin que en este tiempo pareciera el recadista, y el hambre, y sobre todo la sed, llamándonos á la realidad, nos llevó á las ventanas de la clase, por donde registramos ansiosos el patio buscando al descuidado portador de las vituallas, á quien llamábamos ya por su nombre, ya imitando el cacareo de la gallina que pone sus huevos, según habíamos convenido. En vano le esperamos media hora más, angustiados y mohinos; no parecía. En cambio nuestros ojos, vagando por el espacio, tropezaron con una visión sublime. En un balcón, en pleno sol, y rodeadas del follaje de unos tiestos de madreSelva y jazmín, había dos gentiles señoritas de nuestra edad, vestidas de blanco, con sus negras trenzas caídas sobre las espaldas, riéndose felices, mientras chicheaban á un canario que saltaba ufano en su jaula dorada al sentirse objeto de las caricias de aquellas beldades. Yo no sé qué sentirían los otros prisioneros; de mí sé decir que, ante aquella visión, me olvidé de mis sufrimientos, y, algo así como una musa desconocida, tarareé á mi oído las primeras notas de la canción sublime del amor, que tan variadas estrofas modula en la existencia, ya para halagarnos, ya para sumirnos en crueles desesperaciones.

Retiráronse á poco las señoritas del balcón, y quedamos en nuestro encierro mudos y displicentes, cuando apareció el recadista, deslizándose furtivamente á lo largo del muro para no ser visto. Abrimos callada y discretamente la ven-



tana y recogimos, sin decir palabra ni hacer ruido, el papelón que nos traía. Le abrimos, y ¡oh defecación! sólo contenía dos chorizos, un panecillo y media docena de merengues. En vano maldecimos de su estolidez y de su propensión invencible á la sisa; no había ya remedio y hubimos de contentarnos con aquella nimiedad, que, repartida equitativamente entre cuatro hambrientos, resultó para cada cual una nonada. Atacámosla, sin embargo, con valentía; y aunque los chorizos estaban rancios y el pan era una piedra, encontrámoslos deliciosos, así como los merengues, extraño y peligroso postre para los que padecían más aun de sed que de hambre, porque, aumentándonosla extraordinariamente la empalagosa dulzaina, nos condujo á una situación desesperada.

—Qué sed tengo, ¡vive Dios!—exclamaba el castigado por insurrecto, que tuvo toda la vida el ¡vive Dios! por su exclamación favorita.

—¡Vaya una sed!—decía el hermano gemelo;—me bebería la fuente de la Alhameda por sus once caños á la vez.

—¡Tengo sed, tengo sed!—repetía todo asustado el hermoso mancebo de la cara de niña.

—¡Agua, agua!—gritaba yo, yendo de la puerta á las ventanas y de las ventanas á la puerta, por si alguna alma caritativa me oía y nos auxiliaba en tan angustiosa necesidad.

Nadie respondió, sin embargo; el alto silencio del abandono nos cercaba; transcurriendo una hora terrible, en que para templar la sed, que pegaba nuestras lenguas al paladar, hicimos mil diabluras, como lamer los hierros de las fallebas y meter monedas en la boca para provocar la saliva. A eso de las dos aparecieron bajo las ventanas dos ó tres estudiantes, de los internos que había en el mismo Instituto, bajo la inspección de su director, muchachos americanos ó filipinos en su mayoría, cuyas familias, oriundas por

lo general de la Montaña, cuidaban de educarlos en la madre patria, sin duda en previsión de sustraerlos á la influencia del filibusterismo, que ya empezaba á picar en la Isla de Cuba principalmente.

Uno de ellos, que había intimado conmigo, fué después muchos años un abogado distinguido en la Habana, su patria; era un espíritu cándido y generoso, que nos traía en un papel envuelto su principio y su postre, que se había hurtado á sí mismo, considerando nuestra situación, y nos los alargó por la ventana, que entreabrimos con la mejor voluntad del mundo. Los otros nos dieron también alguna cosa. Pero ¿quién comía con la sed devoradora que sentíamos?

—¡Agua!—le grité á mi amigo—¡agua! Pepito, que nos morimos de sed.

—Y ¿en qué os la traigo?—me replicó.

—En un cucurucho de papel, en la gorra, en lo primero que encuentres.

—¡Pero si no hay fuente en este patio y no podemos salir, ni dejarnos ver desde los balcones!

—¡Agua, agua, agua!—gritamos todos en coro.—¡Agua, por favor!

A este grito de desesperación, uno de los internos, que era un cubano picoso de viruelas, con el pelo rizado y medio mulato, quizá el más aventajado de los alumnos del Instituto, mozo que estaba ya para tomar su grado de bachiller, quitándose la levita azul de su uniforme, para no ser conocido, echó á correr, y atravesando el patio se fué á la tapia baja de un jardín botánico en miniatura que acababan de plantar aquella misma semana, y cogiendo el pluviómetro que sobre el muro había, nos le trajo.

Quitada la tapa del meteorológico aparato, encontramos en él una regular ración de agua, que nos repartimos fraternalmente los cuatro



prisioneros, sintiendo algún alivio en nuestras ansias desesperadas; pero no quedamos satisfechos. Nuestro salvador, orgulloso de su idea, cuando le devolvimos agradecidos el pluviómetro, viendo que teníamos aún mucha sed, calóse los lentes, porque era sumamente corto de vista, miró á toda la extensión del patio, quedóse un momento pensativo, y luego se encaminó furtivamente á la portería, volviendo al poco tiempo con el pluviómetro lleno de agua cristalina, que bebimos anhelosamente y dando fuertes resoplidos.

La adquisición de aquella agua templadora de nuestra ardiente sed constituye una de las más audaces travesuras estudiantiles, felizmente ejecutada por el cubano á costa de la respetabilidad del portero, hombre que jamás perdonó la burla á nuestro amigo.

Era el portero, como he dicho, un viejo grunón, hábil disecador, que vivía solo, separado de su mujer, á quien aborrecía con el odio del mal casado. Hallábase en su zaquizami rellenando de paja el vientre de un hermoso pelicano, cuando se le presentó al improviso, alarmado y en mangas de camisa, con el pluviómetro en la mano, para decirle con precipitación:

—Señor Melquiades, señor Melquiades, acaba de decirme una muchacha en la portería que haga usted el favor de ir á casa de su mujer corriendo, porque á la pobrecita le ha dado un ataque y está acabando.

No esperó el Sr. Melquiades á que le repitieran noticia que tan agradablemente le sorprendía, sino que, tal como estaba, sin sombrero en la cabeza, sin el galón de plata en la bocamanga de la levita, y sin levita siquiera, pues trabajaba en chaleco de mangas de ante y con manguitos de percalina negra, echó á correr escalera abajo con la agilidad de un joven, salió á la calle de estampa y se encaminó á casa de su señora, dejando

el campo libre al americano, que llenó el pluviómetro con el agua del botijo del portero, y hubiera cargado, según era su intención, con las provisiones de éste, de haberle sorprendido antes de comer, pues no era mozo que hacía las cosas á medras.

Reímos de la hazaña cuando nos la contó, y temiendo que á la vuelta el airado viejo enterase de lo sucedido al dómine, cerramos nosotros la ventana, fuéronse los internos á su estudio, comimos luego las provisiones que estos nos habían suministrado, y esperamos estudiando en nuestros bancos la hora de la clase, no sin haber hecho desaparecer cuidadosamente los papeles, migas y pellejos que hubieran podido denunciar á D. Bernabé, que era un lince, nuestro improvisado festín.

Por fortuna, como la mujer del portero era verdaderamente una arpia, y la encontró el digno esposo recién comida, saboreando el vaso de caña que la servía de postre cotidiano, la embajada del accidente repentino la tomó tan por lo picante, que después de hartar á su cónyuge de ~~haberle pateado en el rostro de su ceremonial de~~ ~~una~~ ~~traza~~ ~~de~~ ~~extranjería~~, no logrando el pobre hombre salir de las garras de la furia sino después de titánicos esfuerzos y muy lindamente arañado; por lo cual el severo funcionario y habilísimo disecador, considerando exigencia de su respetabilidad ocultar el matrimonial desaguizado, se calló prudentemente, guardando en el pecho para mejor ocasión su vehemente deseo de venganza contra el cubano de la jugarreta.

Dieron las tres, y D. Bernabé, seguido de sus discípulos, se presentó en la clase, aún más hosco y desabrido que por la mañana, dirigiendo sobre nosotros miradas fulminantes, precursoras de los fieros castigos con que nos agobió, en razón á que el encierro, con las angustias de la sed y las distracciones del festín, en vez de corregir-



nos, nos había estudiantilmente depravado. ¿Qué hubiera hecho aquel monstruo, de saber lo de los merengues, el pluviómetro y matrimonial quere-lla del bigotudo portero?

Como este día terrible fueron todos los de aquella semana atrocísima. D. Bernabé parecía un loco, presa de la monomanía del tormento, al pasearse con sus instrumentos de tortura en la mano á lo largo de la clase, eligiendo entre cartagineses y romanos las víctimas de su furor. A tal extremo llegó éste, que á un estudiante rural, notable por el desmesurado grandor de su cabeza siempre espeluznada, le desgarró una oreja á fuerza de estirársela y comprimírsela con la uña del dedo pulgar sobre el puño de plata del bastón; á otro, el más menudo de la clase, niño angelical de cabellos rubios, cuyas mejillas parecían una fresa espolvoreada de azúcar, le dislocó un dedo de un palmetazo; á otro le infirió una larga herida en la cabeza, de que siempre conservó la señal; en fin, que ninguno, absolutamente ninguno, ni bueno ni mal estudiante, dejó de tener alguna brutalidad que contar toda la vida, realizada en aquellos días sobre su persona por el dómine.

Trascendió fuera la orgía á que se entregaba el monstruo con nosotros, y hubieron de hacerle algunas observaciones; mas D. Bernabé se indignó con esto más y más, de suerte que el sábado, excediéndose á sí mismo, en vindicación de su sistema de palo y tente tieso, alfa y omega de la pedagogía de su predilección, nos trató como á verdaderos galeotes. Yo salí de clase sofocado y enfurecido, con las orejas como la grana y un chichón más que mediano en el occipucio, adonde me alcanzó con el mango de las disciplinas.

Pasáronseme pronto la corajina y el dolor, porque como el lunes siguiente era fiesta, veía cuarenta y ocho horas de libertad delante de mí, y procuré aprovecharlas en las dulces expansio-

nes de las recientes amistades con mis predilectos compañeros.

¡Qué delicioso el domingo aquel! Amaneció uno de los más espléndidos días de primavera: la brisa del Nordeste, barriendo del cielo las nubes, le permitió lucir el intenso azul propio de nuestras costas septentrionales. Pasamos la mañana pescando en la bahía, mecidos en nuestro bote por los empujones de la marea, que traían á nuestros anzuelos sabrosísimos pescados. Formábamos la marítima excursión los mismos cuatro que habíamos sufrido juntos el encierro, y recordando las angustias de aquellas horas de sed y de hambre, y las fierezas horribles del dómine iracundo, nos reíamos á boca llena en la plena libertad de lo infinitamente suave y bello que nos rodeaba y envolvía con caricias y halagos inefables, vengándonos del duro catedrático en frases cáusticas y punzantes, que la alegría ponía en nuestros labios sin malicia.

Al día siguiente, por la tarde, llovió; mas esto, que suele ser una grave contrariedad para el recreo infantil en los climas secos y extremados, en la costa, donde la mayor parte del año llueve con desesperante insistencia, no empecé á las diversiones, antes, por el contrario, tal vez las favorece y avalora.

Los camaradas del encierro, ya mis inseparables amigos, lleváronme á pasear en los Mercados cubiertos de detrás del muelle de Calderón, donde entonces tenían costumbre de solazarse, en una adorable confusión, las clases todas de la ciudad. Veíanse allí, en efecto, junto á las criadas y costureras, muchas señoritas, mujeres en su mayoría hermosas, con la hermosura dulcísima y atractiva del Norte; cuyos ojos, ya negros, ya azules, fulguraban en miradas preñadas de misterio; cuyas caras ostentaban ese color blanco sonrosado, ligeramente oscurecido por la brisa del mar, que constituyen la gala de las san-



tanderinas, y cuyos talles flexibles y elegantemente ataviados acusan la fortaleza de la raza y la riqueza de la ciudad.

Confundímonos en la muchedumbre adorable que llenaba aquella tarde el Mercado, y, sin darnos cuenta, cediendo al puro instinto sexual que comenzaba á balbucear en nosotros las lenguas de fuego de las pasiones, empezamos á mariposear atolondrados junto á pollitas que luego han sido mujeres célebres por su belleza, en una generación afortunada de hermosuras.

En una de las vueltas, que aparajados del brazo dimos el de los cabellos rizados y yo, el azar nos puso al lado de las dos adorables criaturas que, desde el fondo de nuestro encierro, habíamos visto brillar en la plena luz del balcón cuajado de flores. Mirámoslas, y ellas nos miraron. ¿Qué las dijimos? Nada. ¿Qué nos dijeron? Nada tampoco; y, sin embargo, ellas y nosotros nos pusimos colorados como amapolas, y giramos la vista á otra parte. Luego que pasaron, nos apretamos los brazos y dijimos bajito:

—¡Qué guapas son!

Y aceleramos el paso para volver á tropezar con ellas, sin cuidar de la gente que atropellábamos. A los pocos minutos, entre el mar de cabezas que á lento paso abanzaban, distinguimos las plumas blancas de sus elegantes capotitas de seda, y, ¡cosa extraña! al pasar y mirarnos, en vez de seguirlas, nos quedamos tiesos y graves, sin saber qué hacer ni qué decir.

Por fin, mi amigo, que era más resuelto y *desacorado* que yo, me propuso hablarlas; pero no hubo medio de convencerme; una timidez invencible, que sólo me consentía mirarlas de lejos y con vacilación, fué el primer síntoma, si estas bobadas y niñerías son algo, que caracterizó mi simpatía por la mayorcita de aquellas mujeres en capullo.

Al salir del paseo, llovía, y, sea efecto del agua

que me mojó, sea una disposición morbosa que se desenvolvía, sentí un fuerte escalofrío, que me hizo tiritar y me obligó á apoyarme en la pared para no caer al suelo. Alarmóse mi amigo, pero como el acceso pasó pronto, nos tranquilizamos ambos, siguiendo nuestro camino hasta mi casa, á cuya puerta me dejó, después de hablar buen rato sobre la nube que obscurecía nuestra existencia, ó sea el maldito dómine, bajo cuya férula debíamos caer de nuevo á la mañana siguiente.

En vano traté de estudiar aquella noche. Al fijarme en las letras del Nebrija, estas parecía que bailaban una danza macabra ante mi vista, y luego se dispersaban, y se extendían por un espacio sin linderos, en que después se me aparecían, envuelta en luz la hermosa figura de la niña del balcón florido, ó rodeada de sus instrumentos de castigo la horrible catadura del dómine. Sentía en mitad de la frente un agudo dolor, como si me hincaran en ella un clavo; tenía la boca seca, los ojos saltones y brillantes, los labios amoratados, las manos ardiendo, el cuerpo todo sudoroso y quebrantado. ¿Qué era aquello? Era la horrible enfermedad del tífus, que me acometía espada en mano, arrastrándome prematuramente al sepulcro; pues ni fuerzas me dejó el ataque para ir por mi pie á la cama, sino que hué de llamar á mi madre, que al verme en aquel estado, quedó aterrada, voceó á la familia toda, pidiendo un médico, y me llevó sollozando al lecho, en que caí como un tronco, presa de una violentísima calentura y de un desesperado delirio.

Allí pasé veintiocho días casi sin sentido, saliendo de los más exaltados delirios para caer en la insensibilidad y el aplanamiento de la muerte, haciendo encanecer á mi madre, que temía verme expirar á cada instante; santa mujer que nadie logró separar un solo minuto de mi lado, ni aun en las horas de relativa esperanza.